

Una hebra vegetal

Relato. Marc Caellas

Es casi de noche y caminamos rumbo a Jugo, una tienda de vinos naturales que inauguraron hace un mes Javi y Gaby, Córdoba y New York, Uma y Olimpia, simpatía y rigor. Y es que en Córdoba se camina. Las distancias son largas. El museo en el que llevamos a cabo la residencia artística está pasado el puente, como el campo de fútbol, el terreno donde se celebra la feria o el avión detenido en pleno parque. El Guadalquivir separa la ciudad histórica ahora turística de la ciudad viva y poco hipster. A un lado del río las berenjenas se sirven fritas con miel en medias raciones de las que comemos tres personas. Al otro lado los bares para guiris racanean el salmorejo, como si el tomate aún llegara en barco desde América. Detalles gastronómicos que importan poco aquí y ahora en la plaza de San Andrés. El chorro de la fuente amansa las fieras y anula la contaminación acústica de los guías que pastorean al rebaño de jubilados europeos por entre piedras milenarias. El sonido del agua tranquiliza los ánimos de Gaby y Javi, instalados hace un mes en este rincón, superados los roces iniciales con Joiane, un rumano que de día fuma, conversa o camina entre los árboles y de noche bebe, duerme y sueña en el cajero de La Caixa.

Son las siete de la tarde, dice Daniela, y segundos más tarde tenemos en las manos tijeras y papel maché, y vamos recortando y colgando en las paredes calaveras y pegando fotos de Virginia Woolf, Alejandra Pizarnik o Nela Martínez, la escritora y primera mujer diputada en Ecuador, país que vio nacer a Daniela y donde vive con Pedro. Ambos son amigos de Aniara, que me invitó a acompañarlos y aquí estamos felices los cuatro bebiendo un cava natural mientras organizamos la pequeña escenografía del altar de muertos. Mi muerta a la que homenajeo es María Fernanda Ferro, Nanda, que nos dejó el pasado 11 de abril y que seguro sonríe desde el más allá mientras escucha como le dedico un poema de Sharon Olds, la ausente:

La gente te sigue viendo y me cuenta

lo blanca que estás, lo flaca que estás

Hace un año no te veo, pero lentamente estás

apareciendo sobre mi cabeza, blanca como

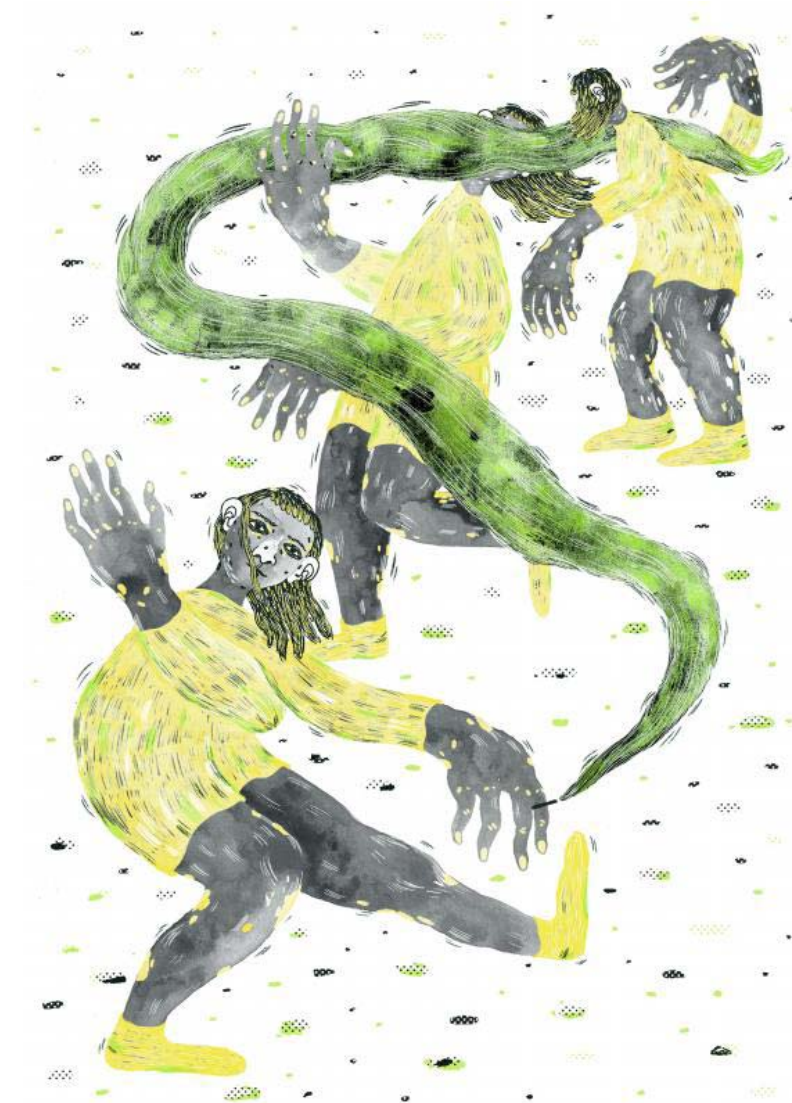


ILUSTRACIÓN: ISA RUIZ

pétalos, blanca como leche, los oscuros tallos de tus tobillos y tus muñecas,

hasta que estás siempre comiendo,

una floreciente rama suspendida sobre mi vida.

A continuación Pedro Soler recuerda a Tres, un artista que trabajaba sobre y a partir del silencio. Luego Aniara recuerda a su padre, asesinado por los paracos. Nos pasamos el cigarro, y fumamos de manera ritual. Un matrimonio con hijas observa todo desde la esquina. Las tres niñas escu-

chan atentas los poemas de Pizarnik que lee Daniela. Es importante hablar de la muerte, desdramatizarla. Quien teme a la muerte teme en realidad a la vida. Rememoro lo que leí esta mañana en la revista Ajoblanco en una entrevista a Francisco Contreras, el Niño de Elche.

“Por lo general vivimos en la sociedad del miedo constante e infundado hacia tantas cuestiones... Por eso la libertad es tan importante, porque el miedo es el cáncer de nuestra historia, y yo lo he vivido desde niño. Miedo a no tener trabajo, miedo a no tener

pareja, miedo a las relaciones sexuales, miedo a probar comidas extrañas, miedo a las drogas, miedo a conocer músicas diferentes, miedo a una estética artística, miedo a nadar, a conducir, a volar... Miedo al Estado, que es un temor que genera control. La policía, la Guardia Civil, la familia, los trabajos... Todos son símbolos de control. Y no solo se trata del miedo a ser controlado por el prójimo, sino del de controlar al prójimo. Muy típico del comunismo y del neoliberalismo; es el punto en el que ambos se dan la mano.” Aquí en Jugo no tenemos miedo.

Bebemos vino blanco, rosado, espumante o tinto. Todos naturales. No tenemos miedo a no tener otra residencia en la que haya tan buen rollo como en ésta. Tampoco tenemos miedo a conocer músicas diferentes. Ahora suena el Hallelujah de Jeff Buckley, ahora Pedro canta a los Rip moviéndose espasmódicamente, ahora yo pongo al genio de Abelardo Carbonó y ahora más tarde Gaby se canta y baila un tema de un musical como si esto fuera Broadway, y por unos segundos volamos sin miedo a New York o a Berlín y Jugo se transforma en un antro de mala/buena muerte donde una inspirada anfitriona nos subyuga como lo hacía Liza Minelli en Cabaret. Gaby canta en un inglés impecable sobre tetas y culos sin perder ni la entonación ni la sonrisa ni el equilibrio. Sospecho que los aquí reunidos tampoco tenemos miedo a ninguna estética artística ni a nadar ni a las comidas extrañas, como estos quesos de colores que, ingeridos a la temperatura correcta, se deshacen en la boca convirtiéndose en deliciosos flujos que circulan por nuestros epidermis como si fueran flujos vaginales o seminales de nuestros amigos, novios o amantes. Miro a mi alrededor y veo a Aniara contorsionándose con una agilidad sólo al abasto de aquellas que devienen planta sin dejar de ser mujeres, un extraño caso de simbiosis con el reino vegetal al que todos deberíamos llegar en algún momento de la vida.

En estos días en Córdoba leo mucho, leo por ejemplo a J.R. Moehringer en El bar de las grandes esperanzas y copio:

“A una edad temprana, allí, en el bar Dickens, llegué a la conclusión de que la vida es una sucesión de historias de amor, y de que cada una de ellas es la respuesta a otra anterior. Pero yo era sólo uno de los muchos románticos del bar de Steve que había llegado a aquella misma conclusión, que creía en aquella reacción en cadena del amor. Era aquella creencia, tanto como el bar, la que nos unía, y por eso mi historia es un sólo una hebra en la cuerda que mantenía trenzadas todas nuestras historias de amor.”

Quizás una residencia sea esto, una hebra vegetal que nos permita trenzar historias de amor con la tierra que pisamos, creaciones artísticas enraizadas en el alma de unas cuantas sensibilidades reunidas para la ocasión, una zona temporalmente autónoma.